

## EL CASTILLO DE SOLERA O EL CÁNTARO MILAGROSO.

Magdalena Valenzuela Guzmán

www.huelma.org

Esta leyenda tiene su origen en la edad media, aunque no fue hasta el siglo XIX cuando José Muñoz Maldonado, Vizconde de San Javier<sup>1</sup>, lo recoge con el título de “Dorotea o el Cántaro Milagroso”, publicándolo en la revista *Museo de las familias* el 1 de Enero de 1856<sup>2</sup>.

Reúne todos los tópicos del romanticismo, ese movimiento cultural que recorre la España de la primera mitad del siglo XIX, que exalta las emociones, los sentimientos religiosos, la creencia en lo mágico y lo inexplicable.

El relato con una clara intención ejemplarizante, ensalza valores como la abnegación, la obediencia absoluta y terminante de los hijos hacia sus padres, sin que tampoco falte la afable figura del sacerdote o la temida imagen del diablo.

En Solera en el siglo XIV vivía Álvaro, un maestro carpintero, viudo y padre de una bellísima hija que tenía por nombre Dorotea.

Era una persona holgazana, muy dada a la bebida, con borracheras constantes, que habían hecho a sus vecinos desconfiar de su trabajo, por lo que raramente conseguía algún encargo.

Lleno de ira, descargaba su cólera sobre su pobre hija y la acusaba de ser la culpable de su situación.

Una noche, en que no tenía dinero para ir a la taberna, llevado por la desesperación, rompió casi todos los muebles de la casa, y enojado se fue a dormir.

Cuenta la leyenda que Dorotea, le oía murmurar:

-Si pudiera beber, al menos olvidaría las penas.

La hija, persona noble y compasiva, se apiadó de su padre y sin pensarlo dos veces, marchó cargada con un cántaro hacia un pozo existente a diez leguas de Solera y que por su claridad y sabor se consideraba la mejor agua del mundo.

De regreso al domicilio, le dio de beber al padre.

-¿Que bebida es esta? Preguntó Álvaro tras probarla.

-Agua, padre mío.

-¡Agua!, eso es para los caballos y los patos.

Y sin pensarlo dos veces estrelló el cántaro sobre la pared, y tomó un palo dispuesto a darle otra paliza a su hija.

Era una noche tenebrosa, oscura, de tormenta, los rayos y truenos se sucedían vertiginosamente y en ese momento llamaron a la puerta.

– ¿Quién va?- dijo Álvaro

- ¿Qué os importa?-contestó una voz terrible- No tenéis nada que puedan robar.

- ¿Qué queréis?

- Guarecerme de la lluvia.

- Vete por donde has venido, que yo no abro- Respondió el padre.

- Pues lo siento, porque vengo cargado con un pellejo de vino desde hace rato y ya me pesa.

Oído esto, mandó inmediatamente a Dorotea abrir la puerta y darle paso al desconocido.

Ante sus ojos apareció un individuo pavoroso, alto, pelirrojo, de complexión fuerte y arrastraba, como había prometido, un pellejo de vino.

<sup>1</sup> Historiador, periodista, escritor, jurista y político nacido en Alicante en 1807 y fallecido en 1875

<sup>2</sup> Urbano Pérez Ortega, Manuel. Sumuntán nº 26.

Álvaro solo tuvo ojos para el pellejo que portaba el desconocido.

Ordenó a su hija que trajera un recipiente para comenzar a saborearlo, pero el único del que disponían era el cántaro que acababa de romper.

Abrió el pellejo y bebió directamente de él.

Una vez saciada la sed, preguntó al forastero a que se dedicaba.

- Soy tratante de almas.
- ¿Y a como pagaríais mi alma?
- Poco, ya que pronto la voy a tener gratis
- ¿Y la de mi hija?

Dorotea comenzó a llorar y a rogar a su padre que no vendiera su alma a quien, ella había intuido, que era el diablo, pero de nada valieron sus ruegos y el trato se cerró en diez mil escudos, quedando firmado en un pergamino y recibiendo Álvaro en el mismo momento un saco con las monedas de oro.

El padre tomó el dinero e inmediatamente se quedó dormido.

Dorotea suplicó y suplicó al demonio que le devolviera su alma y este, conmovido, le dijo:

- Si quieres de veras recuperar tu alma, lo que debes hacer es casarte con un buen cristiano, que esté dispuesto a batirse conmigo por tu salvación y si lo consigues, además de salvarte, te haré un regalo que te ayudará a mejorar tu fortuna.

Muy triste quedó la muchacha porque ¿quien iba a querer casarse con una joven sin alma? Y aún si lo conseguía, ¿quien iba a querer batirse con un demonio?

Todas estas reflexiones le tenían el ánimo perturbado, y la tristeza se apoderó de ella.

Un día que se encontraba en el quicio de la puerta llorando su mala fortuna, acertó a pasar un joven, gallardo mancebo, pobre pero muy honrado.

Dorotea, le abrió su corazón y le narró su pesar.

- Yo me casaré contigo y haré que te devuelvan tu alma.- dijo el joven.

Con este espíritu se fueron a pedir la bendición del cura y se casaron.

Una vez celebrado el matrimonio, el sacerdote puso en sus manos un regalo, que de parte de un desconocido, guardaba en depósito a la espera del casamiento.

Era un cántaro, similar al que Álvaro había destrozado en su ataque de furia.

Regresaron los recién casados a su pobre hogar con el extraño obsequio, sin entender como ese objeto ayudaría a mejorar su fortuna, pero considerando que al menos les resultaría de provecho para almacenar el agua que precisaren traer del pozo.

Mientras tanto Álvaro habíase quedado solo. Sintió hambre y acostumbrado a que su hija se ocupara de su sustento, la reclamó a grandes voces, pero nadie acudió.

Frente a él halló el dinero recibido y muy ufano decidió cambiar su oro por víveres.

Pero ocurrió que todos los solereños sabían la procedencia de su fortuna y temerosos de que aquel dinero del diablo les trajese algún perjuicio, se negaron a aceptárselo.

- ¡Compasión! Tomad mi dinero y dadme alimentos- decía el desgraciado
- Vuestras monedas están marcadas con el sello de Lucifer- le respondían en todas partes.

Desesperado y hambriento, en un ataque de furia tiró todas las monedas al pozo.

Cuenta la leyenda que Dorotea, a la mañana siguiente, acudió con su cántaro al pozo a sacar agua y de regreso, sedienta, se sirvió un vaso y ¡Oh sorpresa! En el vaso, con un vibrante sonido, apareció un escudo de oro.

-Este cántaro está encantado pensó.

Pronto el pueblo entero tuvo conocimiento de este hecho, y todos le pedían el cántaro mágico para sacar agua del pozo y de vez en cuando sacaban una moneda.

Todos los vecinos prosperaron, pero Dorotea no era feliz. Temía el momento en que el demonio acudiera a batirse con su esposo y reclamar su alma.

Cuenta la leyenda que el día de la fiesta de la localidad, el señor del castillo la hizo acudir a su presencia, y le hizo saber que su tranquilidad podía ser completa, ya que ningún demonio iba a presentarse nunca a reclamar su alma.



*Castillo de Solera*

Le confesó que toda la historia había sido una farsa ideada por él, ya que teniendo conocimiento de que entre sus súbditos se hallaba un maestro carpintero, díscolo y borracho, que descuidaba sus tareas, amén de tener desatendida a su propia hija, quiso darle un escarmiento, y ordenó a su lacayo que se disfrazara de demonio, de tal manera que Álvaro recibiera una lección que no pudiera olvidar jamás y le alejara de la mala vida.

Desde aquel día, Dorotea perdonó a su padre, que imbuido de buenas intenciones retomó su labor de carpintero y nunca más regresó a su mala vida.